

El león, la vulpeja y los canes que ladraban: Maquiavelo en *El Político* de Azorín

JOSÉ FERRÁNDIZ LOZANO

Escuela universitaria de Relaciones Laborales de Elda
(Universidad de Alicante)

jose.ferrandiz@ua.es

Resumen

Azorín, lector y conocedor de tratados políticos clásicos, dedicó una atención especial a Maquiavelo en su libro *El Político* (1908), donde el escritor demostró tener una visión clara y moderna del realismo político que representaba el autor florentino. En este libro, que fue su propio tratado político pensado para que lo leyera Antonio Maura, Azorín -diputado de su mayoría en el Congreso- quiso recomendar al líder conservador pautas a seguir en campañas electorales y en el ejercicio del poder. Las alusiones a Maquiavelo fueron manifiestas y le permitieron comentar, por otra parte, las visiones que de este tuvieron Baltasar Gracián, Saavedra Fajardo o Benito Jerónimo Feijoo, además de proponer una lectura que no malentendiera al autor de *El Príncipe*. Su mirada revela hasta qué punto interesó Maquiavelo a autores de la Generación del 98. No es de extrañar que, con semejantes ingredientes, la primera traducción del libro fuese en Italia en 1910.

Ponente

Profesor de Ciencia Política -Honorífico, tras su jubilación- en la Escuela universitaria de Relaciones Laborales de Elda (Universidad de Alicante). Exdecano del Colegio de Politología y Sociología de la Comunidad Valenciana y exdirector del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, de la Diputación de Alicante. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología con Premio Extraordinario por la UNED, su tesis estuvo becada por el Congreso de los Diputados. Premio AECPA por el libro *Azorín, testigo parlamentario* y Premio internacional de Periodismo Miguel Hernández.

Palabras clave

Maquiavelo, Azorín, política, pensamiento, literatura.

1. Parlamento, convalecencia y concepción de *El Político*.

El escritor José Martínez Ruiz tuvo una intensa y doble relación con las Cortes de la Restauración: primero como periodista desde que en 1902 publicaba una serie anónima titulada “Vida parlamentaria” en el diario *El Globo* y desde que en 1904 comenzaba a firmar sus “Impresiones parlamentarias” del diario *España* con el pseudónimo Azorín; más tarde como diputado conservador en cinco ocasiones desde que en 1907 bajó de la tribuna de informadores a las bancadas de escaños, representando al distrito almeriense de Purchena (Ferrándiz Lozano, 2007, 2009a y 2017).

Esa doble vinculación al parlamento español tuvo, a partir del momento de su inmersión política partidista, periodos de solapamiento y experimentó con el tiempo un cambio en el tratamiento de su periodismo. El Azorín irónico y crítico del principio que acostumbraba a ridiculizar la teatralidad parlamentaria, las poses y mediocridad de los diputados, transitó hacia una posición comprometida con los intereses de Antonio Maura, dejando atrás una prosa sarcástica para defender con ímpetu al dirigente conservador, por quien fue sintiendo una admiración creciente (Ferrándiz Lozano, 2009b y 2009c). En su momento de cronista del diario *España*, siguió en vivo las intervenciones del político mallorquín en el Congreso cuando comparecía como presidente del Consejo de ministros, hasta su caída en diciembre de 1904. La aproximación seguiría, pero coincidiendo ya con Azorín en *ABC* desde junio de 1905, tras llegar a la cabecera en el momento en el que esta cambiaba su periodicidad a diaria, tras un paso efímero por *El Imparcial*.

Su acercamiento a Maura, con quien aceptó colaborar en la trastienda de algunos asuntos como el de pasarle información sobre políticos catalanes y organización electoral de la *Lliga*, hicieron posible que el escritor fuera presentado en las elecciones de 1907 para que obtuviera un escaño seguro. No importó que, fuera de las instalaciones del Congreso, no pudiera acercarse al político en el balneario de Ontaneda en pleno agosto de 1904, donde coincidieron. Al ser tomado como un posible terrorista por el equipo de seguridad del presidente, Azorín fue vigilado y registrado. El incidente, por el que el secretario de Maura acudió después a su habitación a manifestarle disculpas, no privó ni condicionó la buena relación posterior que mantuvieron. Por eso no extrañó que en la segunda edición de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, de 1909, Azorín introdujera una dedicatoria elocuente: “A Don Antonio Maura, a quien debe el autor de este libro el haberse sentado en el Congreso: deseo de mocedad”.

El escritor y periodista fue diputado en el periodo de 1907 a 1910, formando parte de la mayoría conservadora con la que Maura retornaba a la presidencia gubernamental, que mantuvo durante un bienio, hasta que la crisis de la Semana Trágica forzó su dimisión. Sustituido por el liberal Moret, se convocaron nuevas elecciones en 1910 y Azorín no consiguió que se le presentara como candidato, a pesar de sentirse disponible y deseoso de repetir la experiencia. Volvió a obtener escaño en 1914 por Puenteareas (Pontevedra) en una elección parcial, y en 1916, 1918 y 1919 por Sorbas (Almería) en elecciones generales, ya con la mediación en todas estas ocasiones de Juan de la Cierva. Azorín se sumó a la facción conservadora del político murciano tras la quiebra del partido en tres tendencias: la de los “idóneos” que lideraba Dato, la de los mauristas con fidelidad al expresidente y la de los ciervistas, el grupo situado más a la derecha.

Pero fue en el periodo de su representación como diputado por Purchena, en la primera interrupción de las sesiones parlamentarias, cuando Azorín tuvo que apartarse un tiempo de Madrid por un problema de salud que se le reveló en septiembre de 1907. Se trataba de unas dolencias reumáticas que determinaron un retiro provisional a su pueblo natal, Monóvar, durante un tiempo que luego fue más largo de lo previsto. Convaleció mayormente en una casa de campo familiar, rodeada de fincas rústicas, en el lugar conocido como collado de Salinas. Y al percibir que su recuperación se alargaba, sintió la obligación de informar a Maura por carta de que su reincorporación al Congreso se demoraría, debido a que el ataque de reuma le tenía “paralizado de brazos y piernas”¹. La lejanía originó una correspondencia entre ambos, mediante la cual Maura se interesaba por su estado y el escritor respondía (Robles, 1996). Entretanto, tomaba cuidado también de poner al corriente al presidente del Congreso, Eduardo Dato, como cumplimiento del reglamento de la Cámara en los casos de ausencia. Las misivas cruzadas fueron en ese sentido de preocupación por la evolución, hasta que en febrero de 1908 comunicó su inminente regreso a Madrid. Fue el momento en el que los destinatarios de sus cartas supieron que la convalecencia la había aprovechado para redactar un libro. A Dato se lo decía así: “A mi regreso publicaré un libro *–El Político–* que creo que será útil a los parlamentarios y políticos. Mucho gusto tendré en ofrecerle uno de los primeros ejemplares”². Pero a quien le aportaba un informe más detallado era a Maura. “He escrito en estos ratos de ocio forzoso un libro titulado *El Político*. No es más que una

¹ Carta de Azorín a Antonio Maura, 3-10-1907. Fundación Antonio Maura, Fondo Antonio Maura Muntaner (FAM-AMM), carpeta 10/21.

² Archivo Dato, Real Academia de la Historia.

condensación de la doctrina de nuestros castizos y viejos tratadistas de política: Gracián, Saavedra Fajardo, Guevara, etc.”. No solo le daba la noticia, también adquiría con él un compromiso: “A mi regreso imprimiré el libro y será para mí un honor y una satisfacción si usted acepta el primer ejemplar que salga de las prensas”³. No mucho después, el 8 de abril, el diario *ABC* publicaba un suelto de trece líneas por el que comunicaba que ese día se ponía a la venta *El Político*, el nuevo libro de Azorín que, según la premonición del periódico, iba a ser “buscado, leído y alabado”⁴.

2. La recuperación crítica del siglo XXI: un libro para el pensamiento político

La obra era la primera de contenido totalmente político en formato de libro que Azorín daría a la imprenta, ya que algunas anteriores de su periodo anarquista tenían un mayor componente literario o eran breves folletos. *El Político* abrió un ciclo de quince años que, alternándolo con otras obras literarias, se concretó con *La Cierva* (1910), *Un discurso de La Cierva* (1914), *Parlamentarismo español* (1916) y *El chirrión de los políticos* (1923). En una etapa en la que su periodismo político fue intenso y cuantioso, estos títulos combinaron pensamiento conservador, propaganda e incluso crítica del sistema, como podía leerse en parte de los artículos seleccionados en *Parlamentarismo español* y en *El chirrión de los políticos*. Tal vez puedan añadirse como obras políticas, aunque de distinta factura e intención, las recopilaciones de artículos de esa época sobre la Gran Guerra, en los que Azorín expresó su francofilia. *Entre España y Francia* (1917) y *París bombardeado* (1919), durante ese periodo, tenían un claro contenido político. Otros artículos, como los recogidos en *Los norteamericanos*, en el volumen III de las *Obras completas* de la editorial Aguilar (1947) o en *Bandera de Francia* (1950), fueron recuperados mucho después, aunque sus contenidos se leyeron durante la guerra.

El Político corrió una suerte extraña. Atendió su edición la prensa de la época, pero la crítica especializada le mantuvo en un aparte, como un libro desplazado y menor. Hay que entender que a lo largo del siglo XX la crítica azoriniana fue esencialmente filológica y se centró, sobre todo, en el valor literario de Azorín, en su caso con un gran peso; solo al final del siglo comenzó a abrirse a estudios multidisciplinarios que ya no eran ocasionales. Fuera de las ediciones de sus obras completas, su literatura política fue

³ FAM-AMM, carp. 10/21.

⁴ “Un libro de Azorín”, *ABC*, 8-4-1908.

ignorada reiteradamente en ediciones de obras selectas o escogidas (Azorín, 1953 y 1998), solo interesadas en su relevante corpus literario.

La atención académica y abierta de *El Político* como exponente de interés para el pensamiento político, que sí apreciaron algunos coetáneos de las primeras ediciones, no se vio animada hasta el cambio del siglo XX al XXI con iniciativas que tuvieron lugar en Italia y en España. La celebración de unas “Jornadas Internacionales de Estudio sobre *El Político* de Azorín” en la Universidad de Siena en mayo de 2000 fue el anticipo de la aparición de una nueva traducción del libro al italiano por Lia Ogno, publicada el año siguiente en Florencia (Azorín, 2001). Un año antes del encuentro de Siena, un Seminario internacional titulado “Azorín, intelectual político” en la Residencia de Estudiantes de Madrid, promovido desde la UNED, sugería la necesidad de estudiar científicamente la obra política azoriniana, al tener una importancia notable en su biografía y pensamiento. Con las aportaciones de las Jornadas de Siena, el rescate de algunas ponencias del Seminario de Madrid y la añadidura de trabajos de episodios biográficos políticos, no se tardó en editar el libro *Estudios sobre El Político de Azorín (Texto & Contexto)* en Valencia (Martín, 2002). El director de la edición, Francisco J. Martín, explicaba en la introducción que la consagración de Azorín como autor clásico constituía también su condena. “Su clasicismo hace que el literato ensombrezca al intelectual, al pensador, al teórico de la política y al mismo hombre de acción (política)”, lamentaba (2002: 9).

El remate de estos movimientos críticos fue la edición de *El Político* que el mismo Martín preparó y publicó en 2007, con un estudio previo extenso, muy documentado y riguroso, que ponía en valor el texto azoriniano y actualizaba su importancia, situándolo más en esa línea esperada de pensamiento político que en su lectura superficial, solo literaria (Martín, 2007). En la edición, que sigue siendo la más ambiciosa y completa, añadía un apéndice con artículos periodísticos sobre la recepción crítica de las primeras ediciones española e italiana, aprovechando los avances del rescate hemerográfico que habían supuesto las jornadas de Siena y sus propias investigaciones.

La coincidencia en esa primera década del siglo XXI de bibliografía científica y politológica sobre el escritor confirmaría la reinterpretación y el interés renovado por el periodismo y la literatura política azoriniana (Ferrándiz Lozano, 2001 y 2009); un interés abierto -eso sí- con aportaciones sueltas del siglo anterior firmadas por distintos investigadores (Ouimette, Robles Egea, Menéndez Alzamora, Selva, Payá Bernabé) y especialmente con los influyentes trabajos del hispanista estadounidense E. Inmam Fox, cuyos enfoques multidisciplinares trascendieron la predominante mirada filológica de

Azorín para centrarse en su intervención y valor como intelectual. Dispersos en revistas y otras publicaciones, los trabajos del norteamericano llegaron a recopilarse en un mismo volumen para facilitar su acceso conjunto (Fox, 2000).

3. Maquiavelo ante los falsos canes que ladraban

En realidad, *El Político* lo tenía proyectado Azorín desde años atrás. Por su contenido, bien podría ser una ampliación del que pensaba titular *El león y la vulpeja* (*Ensayo sobre la filosofía de Baltasar Gracián*), anunciado en 1903 como obra en preparación en la primera edición de *Antonio Azorín* –una parte de *El Político* desarrolla esa temática–, y sin duda estaba relacionado con el que confesó tener en la cabeza en febrero de 1906. “Hace mucho tiempo que nosotros deseamos escribir -revelaba en una crónica parlamentaria- un breve tratado sobre las maneras en los hombres políticos; no sabemos si podremos lograr nuestro propósito”⁵.

No sorprendía el interés de Azorín por Gracián, de quien ponderaba su condición literaria y su contribución filosófica. Incluso se adjudicaba la condición de ser uno de quienes le habían rescatado del olvido, junto a compañeros de su generación, gracias a un curioso itinerario y cruce de influencias que se perfeccionaba al ser lectores de Nietzsche. Su teoría era la de que Schopenhauer, traductor y admirador del pensamiento de Gracián, fue leído por Nietzsche, que al recibir el influjo del filósofo alemán recibió indirectamente el del español. Autores jóvenes como Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz -todavía no usaba el célebre pseudónimo- conocieron así, por vía germana a través de Nietzsche, la filosofía de Gracián y midieron su importancia europea, hasta el punto de atribuirse su “moderno renacimiento” en España, como defendió un Azorín más maduro en un artículo de *La Vanguardia* de 1914 (Azorín, 1952: 222-226).

Sus referencias a Gracián no se limitaron a los capítulos que incluyó en *El Político* sino a un repertorio de artículos en prensa, en distintos tiempos, en los que comentó varias obras suyas desde que en el diario *El Globo* publicó “Nietzsche, español”, dividido en dos partes, los días 17 y 18 de mayo de 1903. Ya entonces imaginaba que un amigo pronunciaba la frase “Nietzsche procede de Baltasar Gracián”. Con voz propia y no con la del amigo imaginario, el escritor y periodista recordaba que *El Crítico* era un libro de crítica social, política y literaria en el que su autor no tenía ninguna frase de simpatía

⁵ Azorín, “Impresiones parlamentarias. Sobre las maneras”, *ABC*, 15-2-1906.

hacia la gente humilde y reservaba “todas sus lisonjas” para los seres “fuertes y selectos” (Azorín, 1992: 135-139), un aristocratismo en Gracián que podía ser muy aceptado por el filósofo alemán. El interés que la literatura política de Gracián tenía para Azorín lo justificó en esa dedicación que, de vez en cuando, le animaba a firmar una reflexión sobre el clásico aragonés: “Desde nuestros artículos de *El Globo* no hemos cesado, incansablemente, en libros, artículos de periódico y estudios de revistas de hablar, mentar, citar, elogiar a Gracián. A la vista de todos está nuestra campaña; cosa es esta que no ignora nadie” (Azorín, 1952: 225-226).

El resultado final de *El Político* (Azorín, 1908) fue más amplio que el vaticinado en sus primeros propósitos. Y Gracián, con el texto completo elaborado, no era el único protagonista. El libro era en realidad el dibujo de un político ideal. Y es probable que Antonio Maura, citado en sus páginas en pocas ocasiones, desconociera que era el verdadero inspirador y modelo. O quizá lo sospechó y lo calló. Su secretario, Prudencio Rovira, estaba convencido de que las condiciones de la figura trazada por el escritor eran “concordantes con las del leader conservador” (Rovira y Pita, 1919: 58).

Fuera de esto, lo cierto es que, con la edición, Azorín aspiraba a alinearse en una línea de pensamiento político que enlazaba con los exponentes clásicos citados en la carta a Maura, nombres que tenían ganada -y exhibida- su adhesión, especialmente el jesuita aragonés citado y el diplomático murciano Diego Saavedra Fajardo. De ambos acreditaba una declaración del año anterior al resaltarlos como “dos de los más insignes pensadores del siglo XVII” (Azorín, 1993: 65). Sin embargo, por su intención de influir en el comportamiento de los gobernantes, el libro azoriniano conectaba con un género que tenía en *El Príncipe* del florentino Maquiavelo a su máxima referencia. Quizá por ello *El Político* tuvo una inmediata traducción en Italia (Azorín, 1910).

En su primera apariencia, el libro azoriniano comparecía como una exposición de consejos, aunque ciertos estudios valoran otras dimensiones, de mayor profundidad. Ordenado en cuarenta y siete capítulos breves y sin el “Epílogo futurista” que se añadió en su segunda edición (Azorín, 1919), sus títulos parecen máximas que sugieren pautas de conducta. Parte de esos títulos internos siguen el modelo del *Oráculo manual y arte de prudencia*, libro de máximas de Gracián publicado en 1647 muy apreciado por Azorín desde que lo leyó por primera vez a principios de siglo y lo tuvo como “una revelación”⁶. Las resonancias gracianescas podrían estar también en el título de la portada. La obra *El*

⁶ Azorín, “Andanzas y lecturas. Gracián”, *La Vanguardia*, 13-10-1914 (Azorín, 1952: 225).

político *D. Fernando el Católico*, publicada en 1640 por Gracián, pasó pronto a ser conocida y citada sólo como *El Político*, que es como aparecía mencionada en aprobaciones y censuras de obras posteriores.

El índice del libro revela su intencionalidad consejera con epígrafes al estilo de máximas de Gracián: “Ha de tener fortaleza”, “No prodigarse”, “Tenga la virtud de la eubolia”, “Sepa desentenderse”, “Remediar la inadvertencia”, “No tener impaciencia”, “Conservarse en el fiel”, “Desdén para el elogio”, “Conozca a las gentes que le rodean”, “Acepte con sencillez las distinciones”, “No prestarse a la exhibición”, “Esté impasible ante el ataque”, “Huir de la abstracción”, “Evitar el escándalo”, “No dudar de sí”... Sólo algunos capítulos de la parte central del tratado rompen el esquema y provocan la sospecha de que incluyen fábulas -“El león y la vulpeja”, “Los canes y la vulpeja”-, ligadas con dos de sus autores predilectos: “Gracián y la vulpeja”, “Saavedra Fajardo y la vulpeja”. Pero ninguno de esos capítulos contiene fábulas. En ellos se introduce un homenaje a sus precedentes, aprovechando la dualidad de fuerza y astucia simbolizada por el león, como animal representativo de la primera en la política, y la vulpeja, como exponente de la segunda, recurso utilizado antes por Cicerón, Plutarco o Maquiavelo, además de por los autores españoles mencionados. En *El Príncipe*, por ejemplo, esa dualidad animal es una de las imágenes más célebres:

Puesto que el príncipe necesita saber utilizar provechosamente al animal, tiene que elegir de entre todos los animales al zorro y al león, porque el león no se sabe defender de las redes, y el zorro no se puede defender de los lobos. Así pues, hay que ser un zorro, para conocer las trampas, y un león para amedrentar a los lobos. Los que solo se basan en el león no entienden de política (Maquiavelo, 2008: 116).

El resumen de Azorín es contundente y una pura condensación. “El político ha de ser fuerte y hábil: esta es la doctrina de Maquiavelo”, escribe (2007:146).

Es también esta parte la que nos induce a concluir que formaba parte del libro *El león y la vulpeja* (*Ensayo sobre la filosofía de Baltasar Gracián*) anunciado en 1903 y nunca publicado. En esos capítulos y en uno más -“Feijóo se ríe de los canes”- es donde Maquiavelo es invocado como protagonista. Ocupan en el libro los números XVI al XX: son breves, suponen una pequeña parte del libro. Sin embargo, tienen una trascendencia elevada porque descubren hasta qué punto Azorín era lector atento de Maquiavelo. Lo relevante es el nivel de comprensión de que el clásico florentino ejerció con *El Príncipe*

un realismo político, desmarcándose Azorín de lecturas simplistas que le juzgaban como consejero perverso, de prácticas amorales. El matiz era clave porque solo con esa toma de postura se entiende su afán por poner al descubierto a notables exponentes ejerciendo un pensamiento político igualmente comprensivo, aunque se ve forzado a atribuirles un disimulo que les impidió proclamar su verdadera cara. De ahí que insistiera en que las apariencias provocaban error en casos como los de Gracián y Saavedra Fajardo, resaltados en general como dos nombres hostiles al florentino.

De ambos recuerda que se muestran críticos con Maquiavelo en sus obras principales *El Criticón* e *Idea de un príncipe político cristiano en cien Empresas*. Según Azorín, Gracián confundía a sus lectores con una escena de la *crisi* VII del primer libro de *El criticón*. La resumía para situar a sus lectores. Recordemos que es la que describe el momento en el que Andrenio y Critilo llegan a una ciudad ostentosa y desembocan en su plaza Mayor. Ya es curioso que esta escena figure en un capítulo titulado “La fuente de los engaños” que, aunque alude a la llegada de los personajes a una gran fuente “de la gran sed”, es una *crisi* que pasa por otros escenarios. Al entrar en la plaza encuentran a un charlatán al que el narrador califica de “elocuentísimo embustero”. Es un perfecto embaucador que hace que sus oyentes abran la boca para meterles “cosas muy dulces y confitadas” que estos tragan, pero que en verdad son “cosas asquerosísimas, inmundicias horribles”. Critilo, viendo a su compañero receptivo al ilusionismo, le previene: “Este es un falso político, llamado Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes” (Gracián, 1975:67-68).

La narración es más extensa y las descalificaciones de Critilo mayores, pero esto no evita que Azorín desechara la idea de que Gracián era detractor de Maquiavelo. Al contrario, trataba de conciliarlo con su pensamiento, sosteniendo que el aragonés recurría a la astucia con esta declarada escena, presentándose como un can que ladraba disfrazado y que, por debajo del disfraz, se escondía una vulpeja. La aportación de evidencias y conexiones encubiertas -o no tanto- no se hace esperar. Azorín se pregunta por algunas frases de Gracián que no contradicen a Maquiavelo y hasta suenan con el mismo fondo.

¿De quién es el aforismo de que “cuando no pueda uno vestirse la piel del león, vístase la de la vulpeja”? ¿Quién ha dictado la recomendación de que se debe conocer a los dichosos para arrimarse a ellos, “para le elección”, y que se debe también conocer a los desdichados para huir de sus personas, “para la fuga”? ¿Qué pluma ha escrito la advertencia de que es preciso “saber declinar a otro de los males”, es decir, darse maña e industria para hacer

que recaiga en terceras personas “la censura de los desaciertos y el castigo común de la murmuración” que nosotros con nuestros actos hemos merecido? ¿Qué mano ha trazado el apotegma de que “no es regla de conservarse querer darse a sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez a otro, aunque sea el más propio; nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera; y en todo acontecimiento, siempre que se encontraren el hacer placer a otro con el hacerse a sí pesar, es lección de conveniencia, que vale más que el otro se disguste ahora, que tú no después y sin remedio?” (Azorín, 2007: 148-149).

No eran los únicos interrogantes que sacaba a relucir. De Gracián ofrecía otras frases que ampliaban la conexión con Maquiavelo citando un párrafo con el que, sin duda, aspiraba a ser más demoledor.

En conclusión, ¿no es de Baltasar Gracián la siguiente breve norma de vida, no exonerable y piadosa, en que se compendia toda su psicología del mundo y de la política: “Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. Es desventura para unos lo que suele ser ventura para otros; que no fuera uno dichoso, si no fueran muchos otros desdichados; es propio de infelices conseguir la gracia de las gentes que quiere recompensar ésta con su valor inútil los desfavores de la fortuna, y viose tal vez que el que en la prosperidad fue aborrecido por todos; trocose la venganza de ensalzado en compasión de caído. Pero el sagaz atiende al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad?” (Azorín, 2007: 149).

A Saavedra Fajardo, otro oponente declarado de Maquiavelo, lo sometía a la misma prueba. Azorín recordaba que en su empresa XLI trataba de “impío y feroz” el intento del florentino de convertir a su príncipe en una combinación de león y raposa “para que lo que no pudiese alcanzar con la razón, lo alcance con la fuerza y el engaño”. El conocimiento de su obra, a la que dedicó varios artículos, entonces y posteriormente (Azorín, 1993), le permitía repetir el ejercicio.

¿Quién ha escrito el consejo de que “decir siempre la verdad sería peligrosa sencillez, siendo el silencio el principal instrumento de reinar? ¿En qué libro está escrita la sentencia de que “ninguna cosa mejor ni más provechosa a los mortales que la prudente difidencia”? ¿Quién es el que celebra cierta astucia que con respecto a Gonzalo de Córdoba ejercitó Fernando el Católico, el cual “no tuvo ocasión para que entrase en su pecho sospecha

alguna de la fidelidad del Gran Capitán, y con todo eso le tenía personas que de secreto notasen y advirtiesen sus acciones, para que penetrando aquella diligencia viviese más advertido en ellas”? ¿Quién ha trazado el apotegma de que “lo que no puede facilitar la violencia, facilite la maña, consultada con el tiempo y la ocasión”? [...] ¿qué autor, impío y feroz ha estampado la siguiente advertencia, que es una maravilla de astucia: “Ocultos han de ser los consejos y designios de los príncipes, con tanto recato, que tal vez ni aún sus ministros los penetren, antes los crean diferentes y sean los primeros que queden engañados, para que más naturalmente y con mayor eficacia, sin el peligro de la disimulación, que fácilmente se descubre, afirmen y acrediten lo que tienen por cierto, y beba el pueblo de ellos el engaño, con que se esparza y corra por todas partes”? (Azorín, 2007: 150-151).

Dibujando a Gracián y a Saavedra Fajardo, contracorriente, como comprensivos del realismo político de Maquiavelo, aunque encubriendo ambos su verdadera faz, el escritor parecía quedar más satisfecho, tratándose de dos autores leídos con fervor por él, de quienes tenía bien dotada su biblioteca con variedad de obras (Johnson, 1996: 155, 280-281, 398 y 456). Por eso su esfuerzo lo dedicó a proponer que el hecho de que se sumaran al clamor detractor del florentino en España, mimetizándose entre “los canes que ladraban”, se debía a un disimulo interesado: “Si ladraban más clamorosamente que los demás, lo hacían para que el señor y amo del cortijo no vislumbrase la artimaña”.

Su defensa de la figura de Maquiavelo era decidida, con el habitual reproche a quienes le desmerecían por no entenderlo. De hecho, al incorporar en el libro a otro comprensivo del realismo del florentino, a Fray Benito Jerónimo Feijoo, asegura que “los que proclaman que Maquiavelo ha enturbiado y perturbado el mundo, están en un error: son unos pobres canes que ladran sin saber por qué”. De ahí que celebrara que Feijoo se riese de ellos en el siglo XVIII en su discurso “Maquiavelismo de los antiguos” del *Teatro crítico universal*, del que rescata una de sus reflexiones: “Las máximas de la política tirana son tan ancianas entre los hombres como la dominación. El maquiavelismo debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo, y a Maquiavelo sólo el nombre”.

Azorín supo ver en el ilustrado Feijoo el trasfondo de su discurso. El ensayo citado, que de entrada hablaba de la “tiránica doctrina de Maquiavelo” y llegaba a tratar de “pernicioso” *El Príncipe* en la parte inicial -juicios que Azorín omitía-, desconcertaba por el giro que provocaba a medida avanzaba su lectura, convirtiéndose en un análisis

inesperadamente objetivo que le valida como una de las piezas clásicas más interesantes del pensamiento político español sobre el florentino, lo que sin duda captó Azorín.

4. El político azoriniano y el príncipe maquiavélico

Sin embargo, el autor de *El Político* no presentaba un modelo maquiavélico en sus páginas. A diferencia del florentino, cuya atención estuvo centrada en su comportamiento íntimo para afianzar el poder y mantenerlo, el repertorio de consejos azorinianos se orientaba en buena parte a la actuación exterior. Por eso Azorín, al escribir sobre su propio libro en *Diario de Barcelona* el 17 de marzo de 1908, poco antes de aparecer a la venta, resaltó que “el político ya no es un tosco manipulador de poder, sino un psicólogo”, aunque la condición de psicólogo se la concedía también a Maquiavelo.

En este sentido de psicología, he escrito mi libro *El Político*. La tradición es abundante en España; existen en nuestro país numerosos tratadistas que han tomado la política en aplicación, de una manera contingente, relacionada con el tiempo y con el espacio, haciendo de ella un causafinalismo; existen otros que la consideran en abstracto, que más bien la estudian desde el punto de vista de la psicología, como un juego de pasiones. De estos últimos son los Guevara, Baltasar Gracián y, en parte, Saavedra Fajardo.

Cuando se lee a estos últimos escritores, lo primero que se echa de ver es la influencia que sobre ellos ha ejercido un famoso psicólogo italiano: Nicolás Maquiavelo⁷.

El éxito de Maquiavelo, vistos sus seguidores y detractores, era indiscutible para Azorín. Muchos eran, señalaba, los que abominaban del florentino, pero muy pocos los que secretamente no se habían apropiado de su doctrina y procedimientos. No obstante, un examen atento por la historia y literatura política demostraba que Maquiavelo no hizo otra cosa que beber en fuentes de la antigüedad: Tito-Livio, Tácito, Plutarco... Recordaba además un libro en varios tomos, entonces reciente, del francés Charles Benoist, donde en el primer volumen *–El maquiavelismo antes de Maquiavelo–* aclaraba cómo el florentino “no hizo más que poner en pocas páginas la doctrina que se deducía del espectáculo político que en su tiempo le rodeaba, y luego la doctrina también de todos los

⁷ Azorín, “El Político”, *Diario de Barcelona*, 17-3-1908 (Fratagnoli, 2002: 115-117; Azorín, 2007: 209-211).

más ilustres escritores políticos e historiadores de la antigüedad”. A juicio de Azorín, esta continuidad -concluía en su artículo de *Diario de Barcelona*- la entendió también Feijoo.

Hay, pues, en el juego de la política algo de permanente, de definitivo; hay algo que no cambia, que no varía a través de los siglos. No llamamos a este algo *maquiavelismo*; el término se presta a torcidas interpretaciones. Digamos que un político, lo que, ante todo, ha de poseer para triunfar, para hacer válidas y efectivas sus ideas, es fuerza y seguridad. Esta fuerza y seguridad, eternas, perdurables, ¿cómo se han de administrar? ¿Qué uso se ha de hacer de ellas?

Tales son las preguntas a que trato de contestar en mi modesto ensayo *El Político*, hoy en las prensas. Para componerlo me han servido: en parte mis lecturas de los tratadistas clásicos, y en parte, mi corta experiencia de la mecánica parlamentaria.

La recepción crítica de *El Político* no fue unánime (Fratagnoli, 2002). Se mezcló el análisis del libro con la condición de diputado conservador del autor, sobre todo entre quienes mantenían fresco el recuerdo de su no muy lejano trámite anarquista. Este segundo aspecto parecía ser el pretexto contra Azorín, con prejuicios que con seguridad esperaba. No en vano, el transfuguismo ideológico era una cuestión que introdujo en el libro para justificarse. Todo cambia en la vida, nada hay más contradictorio que la vida, venía a decir.

Críticos como E. Gómez Baquero o José Sánchez Rojas incluyeron, entre sus juicios, menciones a la posible relación del libro con Maura. El primero, que trataba el texto de “muy sustancioso”, calibraba la posibilidad con algún matiz: “No es raro que Azorín haya pensado en él alguna vez al escribir su libro, ni lo es tampoco que las gentes, al leer el volumen, lo comparen con tan saliente ejemplar de la realidad, y busquen y aún hallen semejanzas”. Pero inmediatamente le quitaba cualquier sospecha de propaganda: “Mas no me parece el libro una disfrazada apología, ni mucho menos una obra dictada por la adulación”⁸. Sánchez Rojas, por su parte, se oponía a aceptar esta relación y la rechazaba con contundencia: “Hasta se ha dicho ¡qué horror! que el libro de Azorín es una apología del señor Maura”. Su tono, además, era despectivo con las reseñas que atacaban cualquier aspecto del libro, entre ellas la de un “autorcete” que establecía que *El Político* “era un plagio de *Il Príncipe* del secretario florentino Nicolás Maquiavelo”. Como crítico entregado a las bondades literarias de “su amigo Azorín”, ampliaba su

⁸ Azorín, “Azorín y El Político”, *La España Moderna*, 1-8-1908: 173-181 (Fratagnoli, 2002: 120-125).

ángulo de respuesta contra los “diaristas” que parecían “unos galopines y unos ignorantes de tomo y lomo que ni han leído *El Político*, ni pueden leer *El Príncipe*”⁹.

Fue Ramiro de Maeztu quien mejor entendió el libro, captando las relaciones del texto con Maura, por una parte, y con *El Príncipe*, por otra, al considerar ambos tratados como modelos de prosa, si bien el del escritor español le parecía en esto superior¹⁰. “Azorín trata de mostrar al Sr. Maura sus facultades de hombre público –y al lector, de paso, las del Presidente del Consejo– pero, al mismo tiempo, no puede menos que coquetear con sus maravillosas dotes de estilista”, escribía. Con todo, los elogios al estilo no evitaban que Maeztu encontrara incompleto el libro al dibujar a su personaje idealizado únicamente para el ámbito de la política, sin proponerlo para el de la cultura. Pero el hecho de que titulara su artículo “Desde Londres. El Príncipe y El Político” revelaba la vinculación. Maeztu, amigo y compañero de generación, veía el paralelismo con claridad.

El asunto de los dos libros es idéntico. *El Príncipe* en el siglo XVI y *El Político* en el nuestro, es el hombre que gobierna un estado. Maquiavelo y Azorín abordan el tema con el mismo espíritu. Ambos se proponen estimular las aptitudes que, a su juicio, permiten alcanzar y retener el mando. Azorín dedica los capítulos centrales de su libro a reforzar la tesis fundamental de Maquiavelo. “Es necesario ser vulpeja para conocer los lazos y ser león para espantar los lobos”. Cuantos combaten esta tesis son vulpejas que se disfrazan con pieles de perros.

El artículo de Maeztu, extenso, semejaba ser un breve ensayo más que un texto periodístico. Y hasta merecería un estudio detenido, por separado, por los guiños que contiene. Pero lo curioso es que, a pesar de los paralelismos, el escritor vasco se esforzó en señalar diferencias, aunque en síntesis sería solo una: mientras a Maquiavelo lo encontraba pegado al realismo político, en Azorín entreveía un progreso ético. “El aire que Azorín ha respirado era más puro del que respiró Maquiavelo”, apuntaba para explicar su tesis. “Azorín es realista, pero dentro de su tiempo, es decir, idealista si se compara con Maquiavelo”. Ese juego, o esa aspiración a conciliar realismo con idealismo no era fácil de entender, pero Maeztu insistía en consignar cierta distancia entre ambos.

⁹ Sánchez Rojas, José, “El Político”, *El Castellano*, 19-1-1909 (Fratagnoli, 2002: 129).

¹⁰ Maeztu, Ramiro de, “Desde Londres. El Príncipe y El Político”, *Nuevo Mundo*, 13-8-1908 (Fratagnoli, 2002: 125-128; Azorín, 2007: 211-215)..

Dentro del plano ético, el libro de Azorín marca cuatro siglos de progreso sobre el de Maquiavelo. Pero en el plano puramente político no se podría decir otro tanto. La clave de *El Príncipe* ha de encontrarse en el capítulo XXVI y último. En él la prosa del florentino abandona su realismo y cruel pasividad y en poderoso y romántico vuelo bate las dos alas al viento del ideal.

Se refería con esta alusión al momento en el que Maquiavelo exhorta para “liberar a Italia de los bárbaros”, que eran para el florentino los austríacos, los franceses y los españoles. En el capítulo se revela el sentido de una Italia como ideal -inexistente como estado único en el siglo XVI- por vivir esclavizada, oprimida y desparramada, sin una cabeza y un orden. Frente a la no realidad de Italia como unidad política, aunque sí geográfica, el tratadista consintió al final que asomaran otros sentimientos de futuro, de idealismo, calificando Maquiavelo el capítulo de lírico, cerrado incluso con versos de Petrarca.

Probablemente una lectura superficial de *El Político* induciría a pensar que es un ejercicio literario más de Azorín. Sus detractores le desmerecían por su implicación en la política activa, aunque muchos le respetaban como escritor. Sin embargo, analizado en el contexto en el que fue elaborado y publicado, adquiere un interés raramente apreciado, más allá del elogio encubierto a Maura que se comenzó a percibir a las primeras de cambio. Las especulaciones de los coetáneos no fueron desencaminadas al señalar la identificación. Es más, cualquier duda que pudiera mantenerse la resolvió el propio Azorín cuando E. Rafael Serra Ruiz preparaba a principios de los años sesenta una biografía sobre Juan de la Cierva y recibió carta del autor de Monóvar, fechada el 13 de agosto de 1961, como respuesta a una consulta. “Cuanto yo he escrito sobre D. Juan de la Cierva -aclaraba- se encuentra reunido en el tomo tercero de mis *Obras Completas*, tomo ahora en reimpresión. *El Político* se refiere a D. Antonio Maura” (Serra Ruiz, 1962: 5). No se sabe bien cómo recibió Maura en su día el homenaje en prosa. Uno de sus biógrafos aseveró que el político idealizado en el libro le pareció al dirigente mallorquín “el espejo de un secretario de Ayuntamiento” (Pérez Delgado, 1974: 265)

No toda la crítica lo entendió igual, pero el caso es que el planteamiento del libro intenta sugerir un modelo de actuación en los actos en público, y en eso ya existe distancia con *El Príncipe*, con instrucciones este para el ejercicio de la política oculta, en intimidad, en intriga. Al ser la pieza de Azorín una guía de conducta para escenificar el oficio, resulta más moderna para su época. El modelo presentado es el de un político de masas obligado a cuidar su presencia y acierto ante los demás, con el fin de agradar. Al mismo tiempo,

debe ser lo suficientemente cuerdo, inteligente y astuto para mantener la supervivencia política bajo control. Las novedades de usos que, a principios del siglo XX, estaban cambiando en la política española permitían observar un ajuste en el texto azoriniano que “introduce en el debate la conciencia de una visión escénica de la política (la política como representación y como arte de la seducción y de la que espera antes y más que como acción)”, según Marco Cipollini (2007:42). Y es que en el momento de escribir *El Político* su autor conocía las interioridades de la política: había participado en campaña electoral, ocupaba escaño, sabía de la reincidencia en el vicio de las recomendaciones, compartía con correligionarios confidencias de partido.

Con semejantes relaciones, es lógico que el libro despertara interés en hispanistas italianos. Uno de ellos, Gilberto Beccari, lo tradujo para una edición de mil ejemplares que se publicó en Florencia en 1910. Con su traslado, siendo joven, como emigrante a Argentina aprendió español. Al regresar a Italia entró en contacto con el círculo próximo a Giovanni Papini y, entre sus proyectos, alentó la creación de la colección “Autori Contemporanei Spagnoli e Hispano-Americani”, abierta precisamente con *Il Politico* de Azorín. En las páginas previas de esa primera traducción italiana, se presentaba al autor con el nombre de “Astorino” y como “*il primo humorista spagnolo*”. Se aludía a su prosa tersa, artística, moderna. Las noticias biográficas eran casi inexistentes, pero se recogía su condición de “*cronista prima e deputato poi*” y se aludía a su “*esperienza di governante*”, palabras estas últimas que el escritor subrayó en su ejemplar, anotando una observación a mano en el pie de página: “No he gobernado nada (Nota de Azorín)”¹¹. Lia Ogno (2002), traductora del libro a principios del siglo XXI, ha valorado la versión de Beccari como “correcta y atenta” en general, aunque describiendo que “no revela una voluntad demasiado pedagógica y esclarecedora con respecto al lector italiano”, lo que achaca a que la publicación estaba dirigida al ambiente de lectores cultos de Florencia de principios de siglo.

La recepción crítica de la traducción de 1910 fue también variada (Fratagnoli, 2002). En España dio noticia de ella el salmantino José Sánchez Rojas, que volvía a escribir sobre el libro. Con estudios de Derecho realizados en Bolonia, el comentarista acabó haciéndose amigo de Beccari. Pero la suya era una reseña básicamente interesada en los aspectos literarios¹². Lo que resulta curioso es que las que se conocen de Italia no

¹¹ Casa Museo Azorín, sig. AZO-pol.

¹² Sánchez Rojas, José, “Autori Contemporanei Spagnoli e Hispano-americani. Azorín: *Il Politico*”, *La lettura*, Año X, I, marzo 1910, pp. 320-322 (Fratagnoli, 2002: 129-130)..

incidieran con profundidad en la relación y presencia de Maquiavelo en la obra de Azorín. No se ignoraba esta parte, pero apenas se veía novedad en la interpretación, limitándose a repetir o parafrasear algunas cosas escritas por el autor.

Entre las menciones que se conocen está la de Giovanni Nascimbeni, que aludió a que Azorín hacía suya la máxima de Maquiavelo de que el hombre político debía ser vulpeja y león a un tiempo¹³, mientras que Macbeth, pseudónimo de Giunto Giunti, redactor de *La Vedetta Artística*, incidía en que se sentía que el español había escrito su libro después de estudiar a fondo *El Príncipe*¹⁴. Llama la atención que en Italia las reseñas no captaran del todo el interés que el libro tenía para el pensamiento político y la tradición tratadista europea, sin duda por el perfil de los periodistas que escribieron las reseñas, ajenos a esta disciplina.

5. Coda con realismo: de la experiencia al texto

El hecho de que no se ponderara en Italia -que se sepa- lo que de contribución principal tenía *El Político* en la parte relacionada con Maquiavelo desconcierta en la actualidad; sobre todo porque Azorín fue uno de los que vio que la imagen de autor denostado, amoral, que predominaba de Maquiavelo merecía ser revisada. No era el único que lo decía, pero sí era relevante que fuera un intelectual de una generación con nombres ya consagrados. En su lectura de *El Príncipe* y en el conocimiento que tuvo sobre la vida de Maquiavelo comprendió que describió la práctica política con todo realismo, amparado en su experiencia previa, sabedor de cómo funcionaba la administración del poder y las luchas por este.

La dedicatoria de Maquiavelo a Lorenzo de Médicis es inequívoca en este sentido. A la manera de los modernos asesores políticos, y en su caso para restaurar el crédito perdido tras ser desterrado por cuestiones políticas al haber trabajado como diplomático y servidor público con rivales de los Médicis en la República de Florencia, trató de ganarse la confianza de los nuevos gobernantes. El texto cerrado en 1513 y enviado a su destinatario se apoyaba en sus conocimientos hábiles para congraciarse: “Explicaré de qué forma se puede gobernar y conservar un principado”, avisaba (Maquiavelo, 2008:

¹³ Nascimbeni, Giovanni, “Un libro spagnuolo d’oggi e un libro italiano del 600”, *Il Marocco*, 31-7-1910 (Fratagnoli, 2002: 131-135).

¹⁴ Macbeth, “Libri”, *La Vedetta Artística*, 15-1-1911 (Fratagnoli, 2002: 136-137).

39). Y para ello, como confirmaba en el capítulo XV, no le valía hablar de la política imaginaria, idealizada o ficticia, sino de la existente, de la que se ejercía.

Me ha parecido más conveniente perseguir la realidad efectual antes que la imagen artificial. Muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos en la realidad, y es que hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo habría que vivir, que el que o se ocupa de lo que se hace para preocuparse de lo que habría que hacer, aprende antes a fracasar que a sobrevivir (Maquiavelo, 2008: 115).

El posicionamiento del clásico florentino en el realismo de lo que es, y no en la filosofía de lo que debe ser, lo percibió Azorín y no dudó en exponerlo, aunque no era esta la visión predominante en España. Es la mayor conclusión de su lectura de *El Príncipe*. Respecto a la otra novedad de su interpretación -la defensa de que Gracián y Saavedra Fajardo no eran hostiles al florentino en la España del siglo XVII sino unos simuladores que ladraban como canes, más fuerte que los demás, para no atraer la enemistad del poder- sorprende que a la crítica italiana tampoco le interesara.

En todo caso, la obra se abrió camino en España y en Italia tras su aparición, si bien con el tiempo iría cayendo en olvido hasta su recuperación crítica, más decidida, en el siglo XXI. Si Maquiavelo escribió un tratado realista porque conocía la política por dentro, Azorín quiso equipararse a él para avalarse como redactor de *El Político* con su propia experiencia. En una reedición italiana de 1931, de nuevo en Florencia con el título esta vez de *L'Uomo Politico*, lo justificaría en un breve prólogo: “Había vivido la vida parlamentaria de mi país, había tratado a los políticos de mayor prestigio, y todas mis impresiones y toda mi experiencia de la política deseaba resumirlas en un libro que fuese breve, claro y preciso” (Azorín, 2007: 208).

BIBLIOGRAFÍA

- Azorín. 1908. *El Político*. Madrid: Librería de los suc. de Hernando.
- . 1910. *Il Político*, trad. Gilberto Beccari. Florencia: Lib. Editrice Ferrante Gonelli.
- . 1919. *Obras completas, VIII. El Político (Con un epílogo futurista)*, Madrid: Caro Raggio.
- . 1952. *El Oasis de los Clásicos*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- . 1953. *Obras selectas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- [J. Martínez Ruiz]. 1992. *Artículos anarquistas*, ed. José María Valverde. Barcelona: Lumen.
- . 1993. *Saavedra Fajardo*, ed. Francisco Javier Díez de Revenga. Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.
- . 1998. *Obras escogidas*, coord. Miguel Ángel Lozano Marco. Madrid: Espasa Calpe.
- . 2001. *Il Politico*, trad. Lia Ogno. Firenze: Le Lettere.
- . 2007. *El Político*, Francisco J. Martín (ed.). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cipollini, Marco. 2002. “De políticos y hombres de acción: ejemplos y tipos en Azorín, Baroja y Ortega y Gasset”, en Francisco J. Martín (ed.), *Estudios sobre El Político de Azorín*. Valencia: Biblioteca Valenciana: 35-51.
- Ferrándiz Lozano, José. 2001. *Azorín, la cara del intelectual. Entre el periodismo y la política*. Alicante: Agua Clara.
- . 2007. “José Martínez Ruiz, cronista parlamentario del diario *El Globo*”, *Anales azorinianos*, 10: 67-113.
- . 2009a. *Azorín, testigo parlamentario. Periodismo y política de 1902 a 1923*. Madrid. Congreso de los Diputados.
- . 2009b. “Retrato del Parlamento: humor, caricatura e indiscreción en Azorín”, en Pascale Peyraga (dir.), *Los retratos de Azorín. En la encrucijada de unas objetividades*. Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert: 171-185.
- . 2009c. “Azorín, primer periodista moderno del Parlamento”, en Miguel Ángel Lozano Marco (coord.), *Azorín, renovador de géneros*. Madrid: Biblioteca Nueva: 191-204.
- . 2017. “Del ‘núcleo’ del periodismo a la política: las crónicas parlamentarias de Azorín y *El Político*”, *Canelobre*, 67 (*Azorín, clásico y moderno*): 174-191.
- Fox, E. Inman. 2000. *Ensayos sobre la obra de Azorín*. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo.
- Fratagnoli, Francesco. 2002. “Las reseñas de *El Político*”, en Francisco J. Martín (ed.), *Estudios sobre El Político de Azorín*. Valencia: Biblioteca Valenciana: 109-138.
- Gracián, Baltasar. 1975. *El Criticón*. Madrid: Espasa Calpe.
- Johnson, Roberta. 1996. *Las bibliotecas de Azorín*. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo.
- Maquiavelo, Nicolás. 2008. *El Príncipe*. Madrid: Espasa Calpe.

- Martín, Francisco J. (ed.). 2002. *Estudios sobre El Político de Azorín (Texto & Contexto)*. Valencia: Biblioteca Valenciana.
- . 2007. “Introducción”, Azorín, *El Político*. Madrid: Biblioteca Nueva: 11-123.
- Ogno, Lia. 2002. “El laboratorio del traductor: Gilberto Beccari y la traducción italiana de *El Político*”, en Francisco J. Martín (ed.), *Estudios sobre El Político de Azorín*. Valencia: Biblioteca Valenciana: 93-107.
- Pérez Delgado, Rafael. 1974. *Antonio Maura*, Madrid: Giner.
- Robles, Laureano. 1996. “Azorín y los Maura”, en *Azorín 1904-1924*. Pau-Murcia: Université de Pau et des Pays de l’Adour y Universidad de Murcia: 265-302.
- Rovira y Pita, Prudencio. 1949. *Cartas son cartas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Serra Ruiz, E. Rafael. 1962. *Juan de la Cierva, jurista murciano*, Murcia: Diputación.